

SOCIEDAD COLOMBINA ONUBENSE

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1885.

SOCIEDAD COLOMBINA
ONUBENSE.

MEMORIA

CORRESPONDIENTE AL AÑO

DE

1885.



HUELVA.

IMPRESA DE LA VIUDA DE MUÑOZ É HIJOS,

CALLE PLACETA, NÚMERO 6.

1886.

¡TIERRA!



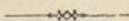
Esqueleto de un Poema.

INTRODUCCION.

Á Castilla y á Leon
Nuevos mundos dió Colon.

¿Qué sordo rumor se escucha?
Son las torres almenadas
De los castillos feudales
Que se derrumban, y aplastan
Con sus señores altivos
Los privilegios de casta.
Al brillar los resplandores
Del claro dia que avanza,
Eleva el siervo la frente,
La humanidad se levanta,
Y libertad y justicia
En altas voces proclama.
Brújula, pólvora, imprenta
Son poderosas palancas,
A cuyo potente impulso,
Rotas y desmoronadas
Van cayendo las barreras
Que á la luz niegan la entrada,
Y por bellos horizontes
El génio tiende sus alas.

Mientras que el Norte agitado
Emprende ruda batalla
Contra el poder que limita,
Las expansiones del alma,
Y en nuevo rumbo al Oriente
Van las naves lusitanas,
La Cruz y la Media luna
Su lucha tremenda acaban
Ante las fuertes almenas
De la morisca Granada.



CANTO I.

UN LOCO.

Cuando ya de Boabdil el poderío
Su término fatal mira cercano,
Y entre el marcial estruendo crece el brío
Del indomable ejército cristiano,
Y vé ya el porvenir negro y sombrío,
En pos de su derrota, el africano,
Y entre el ronco clamor sólo se escucha
La voz de ¡muerte! en la tremenda lucha,

En el campo, terror del agareno,
Con la carta de un fraile por fianza,
Un hombre humilde, de ilusiones lleno,
Y en cuyos ojos brilla la esperanza,
A la córte del Rey llega sereno;
Audiencia pide, y cuando al fin la alcanza,
Ante él y ante la Reina de Castilla
Así dice, doblando la rodilla:

“Allá muy lejos, donde el sol sepulta
Su luz entre las sombras y el misterio,
Dicen que el mar al hombre dificulta
Llegar con rumbo fijo á otro hemisferio;
Pero es que la verdad aún está oculta
De ignorancia y temor bajo el imperio.
Yo os vengo á demostrar que es mi destino
Abrir á ignotas tierras el camino.”

Y ostentando un papel, en que trazados
Estaban con estudio detenido
Y por su propia mano señalados
Los límites del mundo conocido,
Lo extendió ante los Reyes admirados,
Y con acento grave y convencido
Así les explicaba el fundamento
De su extraño y sublime pensamiento:

“Que es redonda la tierra que habitamos,
Todo nos lo demuestra claramente:
El monte que á lo lejos divisamos;
El barco que se acerca diligente;
El sol que en el ocaso saludamos
Y que vuelve á asomar en el oriente;
Todo, por más que el hombre no se explica
Cómo un prodigio tal se verifica.”

“Pues bien: entre esas mares ignoradas
Mi propia convicción me está diciendo
Que hay tierras habitables y habitadas
Que la divina luz están pidiendo.
Túvolas Dios para mi fé guardadas;
Esas tierras, Señor, hallar pretendo;
Y si mi ardiente fé no es ilusoria,
Mío el triunfo será, vuestra la gloria.”

“Al sol siguiendo siempre en su camino,
La tierra encontraré, quizás cercana.
Que no está muy distante, lo imagino
Por lo que hay de la tarde á la mañana.

Nunca será el esfuerzo del marino
Trabajo inútil ni su empresa vana;
Pues si no hallo la tierra al Occidente,
Nuevo rumbo abriré para el Oriente. »

EL FANATISMO Y LA IGNORANCIA

¡Nunca en delirio mayor
Se invocó de Dios el nombre!
Si no está loco ese hombre,
Es un mísero impostor.

LA ENVIDIA Y LA AVARICIA.

¡Promesas; siempre promesas!
Lo de todo aventurero.
No tiene el Rey su dinero
Para tan locas empresas.

LA CARIDAD CRISTIANA.

Es hacer á Dios ultraje
Humillar su criatura.
Nunca supo la impostura
Hablar en ese lenguaje.

UN GRAN CORAZON.

¡Basta! Si mi tesoro está agotado,
Perlas y oro contiene mi joyel.
Nó dirán que mezquina he rechazado
Al que todo lo espera de Isabel.
¿Divina inspiracion? ¿Noble locura?
La empresa es grande! Confianza en Dios!
Si el éxito es feliz, gloria segura;
Si es sólo un sueño..... soñaremos dos.

Al escuchar el acento
De aquella voz conmovida.
Quedó la maldad rendida;
El Gerovés cobró aliento;
Y ante la Reina, de hinojos,
Y á despecho de los *sabios*,
Posó en su mano los labios
Y la regó con sus ojos.
Despues, con el alma llena
De la fé que atesoraba,
Corrió donde lo aguardaba
Fray Juan Perez de Marchena,
Que desde su celda oscura
Los obstáculos venció,
Y alas al génio prestó
Para su grande aventura.

CANTO II.

PALOS.

En un puerto escondido y solitario
Del Atlántico mar, donde las ondas
Nunca movieron poderosas naves,
Sino pobres barquillas pescadoras,
Se mecen tres humildes carabelas
En las que fijan su mirada atónita
Los más bravos é intrépidos marinos
Que jamás se espantaron de las olas.
A cruzar los convida un extranjero
Mares nunca surcados, que á remotas
Playas conducen, donde todo brinda
Oro y placeres y envidiable gloria.
Aunque en la noble frente de aquel hombre
Ven relucir del génio la aureola,
Y firme conviccion en sus palabras,
Y fuego en su mirada triunfadora,
Es tan grave el peligro, que en el pecho
Sólo cabe el temor que los asombra.

EL MIEDO.

¿Quién, desafiando al cielo,
La inmensidad cruzará,
Sin saber si volverá
A pisar el pátrio suelo?
¿Quién podrá ser nuestro guia
En un mar nunca surcado?

Si se engaña el desdichado,
¡Ay! ¿quién salvarnos podría?
Vaya sólo el extranjero
A gozar tanta ventura.
Su empresa es una locura,
Y yo seguirlo no quiero.

EL GENOVÉS.

¡Sólo!... ¡Cobarde temor!
¡Y en marinos!.... ¡Cosa extraña!
¿Es posible que en España
Falten hombres de valor?

DOS HERMANOS.

¡No! ¡vive Dios! Si atrevida
Es tu empresa, cual ninguna,
Dispon de nuestra fortuna,
Y dispon de nuestra vida!
En España hay corazones,
A quienes no espantarán
Peligros: contigo irán
Los dos hermanos Pinzones!

Y un grito de frenético entusiasmo
En la playa arenosa retumbó;
El ardor varonil siguió al marasmo,
Y el miedo para siempre se ahuyentó.
Levóse el ancla; hincháronse las velas;
La insignia al viento comenzó á ondear,
Y las tres animosas carabelas
Desparecieron en el ancho mar.

CANTO III.

AUGURIOS.

Antes de que la quilla en mar ignoto
Deje marcada luminosa estela,
Un golpe rudo del airado Noto
Choca contra una débil carabela.
A la voz de “¡Avería! ¡El timon roto!”
El de menos valor se desconsuela;
Mas Colon á las Islas Fortunadas
Hace rumbo con velas desplegadas.

Remediado ya el mal, al Occidente
Con firmeza y teson guian las proras;
Empújalos la brisa dulcemente
Difundiendo esperanzas seductoras;
Pero hay quien en su pecho el temor siente,
Y contando los dias y aún las horas,
Juzga en peligro próximo su vida,
Y ánsia volver al punto de partida.

Lejos, muy lejos las veleras naves
Soledad espantosa van cruzando;
Cada vez los peligros son más graves
Y van los más valientes desmayando.
Vense con raudó vuelo algunas aves
Que las inquietas olas van rozando,
Y todos les envidian con tristeza
Sus alas é incansable ligereza.

¡Como prueba de audacia, ya es bastante!
Algunos gritan en feroz tumulto.

De aventurero audaz y de ignorante
Le tachan otros. El terror oculto,
Fingiéndose prudencia, en el semblante
Asoma de los más; pronto el insulto
De la amenaza seguirá la huella;
Pero contra el valor todo se estrella.

—
¡Adelante! Colon les grita airado,
Con voz segura, despreciando el reto:
Tendremos pronto el triunfo deseado;
En el nombre de Dios os lo prometo.
Y quién, en la promesa confiado;
Quién, por vago temor; quién, por respeto,
Callan; pero los dias presurosos
Van siendo cada vez más angustiosos.

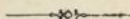
—
Inmensa es la distancia recorrida,
Y el débil leño sin cesar avanza.
¡El viento fijo! la virtud perdida
De la brújula! ¡Adios toda esperanza!
¡Perezca el ambicioso, el homicida!
¡Sepúltelo en el mar nuestra venganza!
Gritan; y si á la patria al fin volvemos,
Que él despedido se arrojó, diremos.

—
Un hombre solo en tan tremenda lucha
Pronto á la muchedumbre sucumbiera;
Mas su fe es grande y su constancia mucha.
Tres dias nada más pide de espera,
La multitud atónita le escucha;
De su génio el poder al fin impera,
Y la turba ignorante alborotada
A su voz se somete resignada.

—
El plazo va á expirar. La luz del dia
Apaga entre las ondas sus fulgores;
Todo lo envuelve oscuridad sombría,
Y el sueño va endulzando los dolores;
Pero Colon, en tanto, descubría
Confusos y movibles resplandores

Y una sombra indecisa en lontananza
Que reanimó en su pecho la esperanza.

De pié en la popa, con afán creciente,
Aquella extraña luz mira asombrado.
¡No brilla como estrella refulgente!....
¡Se agita sin cesar de uno á otro lado!....
¡Es tierra! exclama en su entusiasmo ardiente!
¡Tierra! repite el eco alborozado;
Y al grito aquel, enérgico y fecundo,
Rásgase un velo y se despierta un mundo!



CANTO IV.

MARAVILLAS.

Cuando asomó la suspirada aurora,
Lanzando alegre sus primeros rayos,
Y de la noche el misterioso velo
Sus negros pliegues ocultó en Ocaso,
Empezó á dibujarse entre la bruma
El perfil indeciso y dentellado
De una empinada sierra; luego, el bosque;
Y al fin la playa y el extenso llano.
Los audaces marinos, que á su jefe
Con exigencias mil atormentaron,
El perdón de su falta, arrepentidos,
Con lágrimas imploran, y no en vano;
Que el placer predispone á la indulgencia;
Y es Colon tan dichoso, que, olvidando
Las pasadas injurias, los recibe
Como padre amoroso entre sus brazos,

El sol, del horizonte desprendido,
Alzóse refulgente en el espacio,
Y las tres carabelas á la playa
Fuéronse poco á poco aproximando.
¡Qué espectáculo aquel! el bosque umbrío
De gigantescos árboles formado,
Con vistosas palmeras que á las nubes
Levantaban sus trémulos penachos;
Las cabañas pajizas sombreadas
Por las hojas de espléndidos bananos;
Las aves simulando con sus plumas
Esmeraldas, zafiros y topacios,
Ó llenando las selvas de armonía
Con su tierno, amoroso y dulce canto;
Las flores de bellísimas corolas;
El aire por su aroma perfumado;
El trasparente, nítido arroyuelo
Entre doradas guijas murmurando,
Y los grupos de indígenas desnudos,
Con vistosos plumajes adornados,
Y joyas de oro, y caprichosos dijes,
Y largas flechas y robustos arcos;
Pero no en son de guerra, sino todos
Con sonrisa benévola en los labios,
De admiracion profunda poseidos,
Sin muestra alguna de temor ni espanto;
Formaban un conjunto, cual si fueran
Las delicias de un sueño realizado.
Ante aquel espectáculo sublime,
Por tanta maravilla impresionados,
Los marinos postráronse de hinojos
Y al Hacedor Supremo tributaron
De gratitud y amor himno ferviente,
Que es de las almas el perfume santo.
Despues, el Almirante, en un ésquife,
Por algunos guerreros tripulado,
Llegó á la playa, y desplegando al viento
De Castilla el pendón, que iba en su mano,
Señor se proclamó de aquellas tierras
En nombre de Isabel y de Fernando.
Ignorante el indígena sencillo
De la gran trascendencia de aquel acto

Para él incomprensible, al extranjero
 Con infantil cariño agasajando,
 Despojóse para él de sus adornos;
 Recibióle en su hogar, como á un hermano,
 Sin sospechar la suerte miserable
 Que le aguardaba de su amor en pago.
 Cuando los navegantes recogieron
 Muestras de los productos más preciados,
 Oro que con su brillo deslumbrase
 La codicia voraz del cortesano,
 É inocentes indígnas que dieran
 Testimonio del éxito alcanzado,
 Con el lauro en la frente el rumbo toman
 Del suspirado hogar; pero luchando
 Con furiosas y horribles tempestades
 Y de inmensos peligros rodeados;
 Hasta que al fin, de Dios la Providencia,
 Sus fervorosos ruegos escuchando,
 Y de tanta amargura condolida,
 Les permitió pisar el suelo patrio,
 Que enagenados de placer bendicen
 Y enternecidos riegan con su llanto,
 Difundida la nueva del regreso,
 Y el espléndido triunfo divulgado,
 Por todas partes su valor pregonan;
 Por todas partes suenan los aplausos;
 Los pueblos enloquecen de alegría;
 La Côte se electriza de entusiasmo;
 Y mientras que la Envidia y la Ignorancia
 Aguzan su puñal envenenado,
 Y las naciones con asombro escuchan
 De la admirable empresa el fiel relato,
 El *loco* graba su glorioso nombre
 Donde el mundo jamás podrá borrarlo.



CANTO V.

PALMAS Y OLIVAS.

Llena está de regocijo
La ciudad de Barcelona:
De gala viste la Corte;
Elegantes banderolas
En bellos arcos de triunfo
Del viento impelidas flotan;
Colgadas de Damasco
Con guirnaldas primorosas
Entre tapices flamencos
Calles y plazas adornan;
No cabe en ellas la gente
Que por do quiera se agolpa;
Las damas y caballeros
Que á los balcones se asoman
Sobre aquella muchedumbre
Lluvia de flores arrojan,
Y las músicas marciales,
Y la vibracion sonora
De las campanas á vuelo
Que sin cesar alborotan,
Llenan los extensos ámbitos
De la ciudad bulliciosa.
Sobre un tablado cubierto
De riquísimas alfombras
Se eleva un soberbio trono
En que con brillante pompa
Van á recibir los Reyes
Al que en apartada zona
Halló para España un mundo
Y un templo para su gloria.

Cuando los regios consortes
Subieron la plataforma,
Y el alto trono ocuparon
Entre la lucida escolta
De sus apuestos guerreros,
Las damas esplendorosas
Y los Prelados insignes
De la religion católica,
A una señal de Fernando,
Abriendo calle anchurosa
Por las apiñadas turbas
Que á su paso se amontonan,
Llegó Colon con su séquito
Que entre dos filas custodia
Los indios ataviados
Con sus plumas y sus joyas,
Los extraños animales
Y los presentes que abonan
La exuberante riqueza
De aquellas tierras remotas.
Apenas las gradas sube,
Con la frente respetuosa
Descubierta, y á las plantas
De los monarcas se arroja,
Éstos le tienden los brazos,
Y con frases cariñosas
Cubrirse ante ellos le mandan
Y que allí un sitial le pongan.
El público entusiasmado
Ante prueba tan notoria
De estimacion, lanza un grito
Unánime, en que rebosa
La gratitud á sus reyes
Porque aquel premio le otorgan.
Ya sosegado el bullicio
Y la plaza silenciosa,
Colon, sentado á la diestra
De las reales personas,
Con voz grave y reposada,
Narró de su empresa heróica
Los asombrosos detalles
Que nos refiere la historia.

Los monarcas admirados
Al marino ilustre honran
Con títulos y mercedes,
Y ordenan que sin demora
Para una expedicion nueva
estén muchas naves prontas,
Y que, de Colon al mando,
Tomen la misma derrota.
Satisfecho el Almirante
Acude al punto á la costa
Para activar los aprestos;
Pero una mano traidora,
La del encono y la envidia,
Que contra él lucha en las sombras,
A hacerle sentir empieza
Sus espinosas ponzoñas.
Colon á Isabel acude;
Y si bien su protectora
Aparta con energía
Los estorbos que amontonan
Cortesianos humillados,
Que en contrariarle se gozan,
Quédanle como enemigos
La vileza y la lisónja,
Que del Rey la suspicacia
Contra él sin piedad explotan.

CANTO VI.

LA CALLE DE LA AMARGURA.

Tan pronto como en alas de la Fama
El nombre de Colon glorioso vuela,
Y de aquellas fantásticas regiones
Se admira la abundancia y las riquezas,
Bajo un cielo purísimo guardadas
Y entre séres humanos que aún conservan

Con un carácter apacible y grato
El candor infantil de la inocencia,
Acuden á las naves presurosos
Los hombres de aventuras, que no encuentran
Ya en el suelo español la vida fácil
Por falta de disturbios y de guerras:
Los que abominan del trabajo honroso;
Hidalgos con orgullo y sin hacienda;
Cuantos la honrada sociedad rechaza
Y del crimen ó el vicio se alimentan.
Con aquella avalancha de perdidos
Y de avaros sin Dios y sin conciencia,
Pronto el débil indígena, agobiado
Del esclavo infeliz por la cadena,
Víctima de ambiciones insaciables,
Y huyendo del castigo y de la afrenta,
Busca en airada muerte su refugio
Ó en el fragor de la intrincada selva.
El alma de Colon honrada y pura
Contra tantos desmanes se subleva,
Y remedio eficaz pide á la Córte
Antes que la maldad todo lo pierda.
En tanto, los que enfermos y abatidos
Sufren las desastrosas consecuencias
De su dura crueldad, de su lascivia,
Su punible abandono ó su pereza,
Culpan de su desgracia al Almirante,
Porque el abuso corregir intenta,
Y á los amigos que en la Córte tienen
Con dádivas acuden y promesas,
Para que los liberten del *tirano*
Que todo lo trastorna y atropella.
Éstos que, aborreciendo las virtudes
Del caudillo leal, tan sólo piensan
En poder abatirlo y humillarlo,
Á los reyes acuden con presteza;
Y claman contra el *ruin advenedizo*
Que á tantos *caballeros* causó ofensa.
Obtenida la orden de que al punto
El mando deje y á Castilla vuelva,
Y nombrado al efecto un enemigo
Que ocupe su lugar, y que sin tregua

A embarcarse lo obligue, la perfidia
De aquellos desalmados se completa.
Vuelve Colon á atravesar los mares,
Pero no ya como la vez primera:
Vuelve, no como el héroe victorioso
Á quien el premio y el aplauso esperan,
Sino como un malvado á quien el crimen
Á tormentos durísimos condena,
Con grillos en los piés, que lo quebrantan,
Y que á sus propios ojos lo avergüenzan!.....
En vano el capitan, que lo custodia,
Y su bondad y su virtud respeta,
De aquella infamia libertarlo quiere.
“¡Jamás! exclama, á la real presencia
Llegaré como estoy, encadenado,
Para que, al contemplarme, se envanezcan
Mis enemigos fieros é implacables
Del gran poder con que en mi daño cuentan,
Y para que estos hierros que me abruman,
Dando así á mis servicios recompensa,
Si no en la voluntad del que lo manda,
Puedan pesar siquiera en su conciencia!”
Cuando aquella figura venerable
De tal modo á los Reyes se presenta,
Fernando, de rubor enrojecido,
Con frase entrecortada balbucea
Palabras que, aunque expresan su disgusto
Por tamaño rigor, no lo condenan.
Isabel, más sensible y más piadosa,
Al noble anciano en su dolor consuela;
Llora con él y en filial abrazo
Con efusión purísima lo estrecha;
Manda arrancarle al punto aquellos hierros
Que más que al Almirante á ella la afrentan;
Quiere arrojarlos, mas Colon replica
Que aquel recuerdo conservar desea
Cual remedio eficaz contra el orgullo,
Si alguna vez avasallarle intenta.
El marino, una vez justificado,
Pide que en désagravio le devuelvan
Por honor de su título y su nombre
Lo que en pacto sole mne le ofrecieran,

Y que, no como deuda de justicia,
Sino como merced, rendido impetra.
La Reina, que al anciano generoso
Tierna y profunda estimacion profesa,
Complacerle promete en su demanda,
Pero el Rey, suspicaz, le dice: "espera."

CANTO VII.

EL GÓLGOTA.

En una lóbrega estancia
Desmantelada y oscura,
Entre los vagos reflejos
De una luz ya moribunda,
Sobre un lecho miserable
Que la pobreza denuncia,
Cuya cabecera adornan
En lugar de colgaduras
Unos grillos con cadena,
Que una accion infame acusan,
Un noble y modesto anciano
De venerable figura,
Enrojecidos los ojos
Que el acerbo llanto inunda,
Enflaquecidos los miembros,
La frente llena de arrugas,
Secos los cárdenos labios,
Ronca la voz é insegura,
Así exclama entre sollozos
Que sólo otro anciano escucha:
"Espera!" "¡Espera!".... Y el tiempo
Corrió.... entre mortales dudas!
"Esperé.... y todo fué en vano!

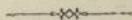
Cayó Isabel en la tumba,
Y el astro de mi esperanza
Ya ni calienta ni alumbra!
¡Esperar ... cuando la roca
No puede ablandarse nunca!
Pero ya es tarde! muy tarde!
Mis pobres ojos se anublan!....
Siento el frío de la muerte
Que por mis venas circula!
¡Frío! y hambre!... y abandono!....
Y de esas cadenas duras
El peso.... y la infamia... en pago
De un mundo!.... ¡Aciaga fortuna!

.....
¡Adios, vanidades locas,
Tercas y estériles luchas
Por alcanzar las miserias
Que la paz del alma truncan!
Riquezas! qué poco valen!
Honores! qué poco duran!

.....
¡Mi hijo!.... ¡Mi patria!.... ¡Mi nombre!..
Ya mi protectora augusta
Me llama! Isabel... espera!
No temas que yo no cumpla
Mi palabra.... Tus virtudes
Serán ante Dios mi ayuda.

.....
Fernando!.. Yo te perdono.
¡Dios mio: mi voz escucha!
¡Perdon!.... Perdon!.... Ya es la hora!..
¡Que tu voluntad.... se cumpla!!!¹⁴

Y al decir estas palabras
Con voz trémula y confusa,
Voló su espíritu al cielo,
Patria de las almas justas.



CANTO VIII.

EL TABOR.

Como síntesis del sér
Que todo progreso encierra,
Fué su destino en la tierra
Trabajar y padecer.
Grande fué su adversidad,
Como grande su destino:
Abrir un ancho camino
A la humana actividad.
En su obra de Redentor
Fué, al cumplirla, necesario
Que pasara su Calvario
Para subir al Tabor,
Y ese respeto profundo
Con que evocais su memoria
Es un rayo de su gloria
Que está iluminando el mundo.
